

1974: AÑO MUNDIAL DE LA POBLACION



«Si, como sucede en estos días, la pobla-

DESDE el día 19, y hasta fin de mes, va a celebrarse en Rumania una conferencia mundial entre más de un centenar de países para estudiar el problema mundial de la población, del crecimiento demográfico. Estamos en el Año Mundial de la Población, como fue proclamado por la ONU, y esta conferencia de prácticamente todos los países del mundo es su acto culminante. Se emitirán declaraciones, comunicados, quizá alguna forma de decálogo, aunque no puede tomarse ninguna decisión. Se trata principalmente de eso: de propagar los efectos del problema con objeto de que haya lo que se llama «una toma de conciencia». Tema difícil, porque las tesis son muy dispares. La idea del aumento de población como problema se emitió hace siglo y medio (Malthus), fue inmediata y asperamente combatida y todavía no ha sido aceptada. Hasta poco tiempo antes se creía que la población mundial estaba disminuyendo poco a poco; en el tiempo de Malthus se demostró que no sólo crecía incesantemente, sino que ese crecimiento se hacía por multiplicación geométrica (al cuadrado); Malthus temía que la producción de alimentos sólo pudiera crecer de una manera lineal, aritmética, y que inevitablemente se produciría la escasez.

Algunas de las cifras que los especialistas en demografía facilitan ahora, en vísperas de la conferencia mundial, tienden a explicar esquemáticamente el problema. El crecimiento demográfico mayor pertenece al mundo subdesarrollado. Pero pensemos en Europa, donde el crecimiento demográfico es menor. Europa Occidental tiene ahora 150 habitantes por kilómetro cuadrado; y da sensación de aglomeración. Antes de que llegue el año 2300, antes de que pasen doscientos veinticinco años, Europa tendrá más de 2.000 habitantes por kilómetro cuadrado: doce veces y media más que ahora. Hablemos de cifras más próximas, de situaciones que verán la mayor parte de las generaciones vivas ahora: del año 2000, del que sólo nos separan veintiséis años. El mundo tiene en la actualidad 3.800 millones de habitantes; en el año 2000 tendrá 6.500 millones. Y eso ocurrirá inevitablemente ya, aunque se produzca la «toma de conciencia», que será de efectos

lentos. Los expertos calculan que estos efectos no podrán comenzar a percibirse —a menos de medidas tajantes— hasta por los menos el año 2050. Pero entonces el planeta tendrá 11.000 millones de habitantes. Es decir: en setenta y seis años, y poniendo ya algunos obstáculos a la demografía, la población actual se habrá multiplicado por tres.

Cada treinta años, el doble

Sigamos los pasos de esta evolución. Durante los diez mil años que preceden al cómputo de tiempo de nuestra Era, hasta el año 1, la población humana se multiplicó por dos. Para duplicarse de nuevo sólo necesitó mil ochocientos años. Y para duplicarse otra vez le bastó un siglo. Ahora ya se duplica en treinta años. Otra manera de ver la cuestión aparece en el «World Population Prospects», que editan

las Naciones Unidas. En 1650, la Tierra tenía 470 millones de hombres; en 1750, 750 millones; en 1800, 960; en 1850, 1.224; en 1900, 1.650; en 1960, 2.990; en 1980 tendrá 4.300, y en el año 2000, 6.500 millones.

Algunos entienden que hay unos «frenos naturales» que actúan sobre la población del mundo para evitar una multiplicación velocísima. No sólo los providencialistas, que se niegan por motivos religiosos a cualquier manipulación en la natalidad y creen firmemente que la Providencia lo tiene todo previsto en sus planes, de manera que dará alimento a sus criaturas, sino también algunos naturalistas. El francés Jean Fourastié tiene un argumento para ello: somos muchos menos, en realidad, de lo que deberíamos ser si la progresión se produjese exclusivamente por factores geométricos, sin la actuación de frenos. «Si Eva hubiera nacido a la vez que Cristo —dice Fourastié, utilizando esta hipótesis de

trabajo solamente como factor de medida de tiempo—, y si, efectivamente, hubiera una sola pareja en los comienzos de nuestra Era, que se hubiese duplicado cada cuarenta años, ahora seríamos, contando a partir de ese momento, 250.000 veces más numerosos de lo que somos. Francia, por ejemplo, tendría 12,5 billones de habitantes, y París, un billón y medio. Si, como sucede en nuestros días, la población mundial se siguiera duplicando cada cuarenta años, habría 15 habitantes por decímetro cuadrado de tierra firme en el año 3000» (citado por Edouard Bonnefous en «Le monde est-il surpeuplé?», publicado en castellano con el título «El mundo superpo-



Uno de los azotes periódicos de la Humanidad es la sequía. La foto corresponde al lago desecado de San Luis (Senegal), donde perecieron centenares de cabezas de ganado.



ción mundial se siguiera duplicando cada cuarenta años, habría quince habitantes por decímetro cuadrado de tierra firme en el año 3000».

blado», Nueva Colección Labor, Barcelona 1973). Por lo tanto, los frenos naturales han actuado y han evitado este desmesuramiento. ¿Pueden seguir actuando?

El problema, si se puede considerar como tal, es el de que el hombre afloja esos frenos continuamente. Quienes creen que no deben alterarse los planes que ellos atribuyen a la Providencia, no suelen ser críticos para con la alteración de planes que significa la preservación de la vida. Los frenos naturales eran, antes, las enormes epidemias, la mortalidad infantil y maternal, las hambrunas; no han dejado de considerarse como frenos naturales (lo cual es un exceso de tendenciosidad) las guerras, que si bien menos importantes que ahora, actuaban proporcionalmente de una manera notable sobre las poblaciones masculinas jóvenes y reducían la fecundidad. Esos frenos se han quemado principalmente por la aportación de la Medicina y de la higiene preventiva. Las pestes han desaparecido, la mortalidad infantil se ha hecho casi inexistente y los sistemas de cooperación mundial contribuyen a paliar, si no a hacer desaparecer, los efectos del hambre en determinadas zonas por una prolongada sequía, y las plagas casi han desaparecido por la aparición de los insecticidas de gran poder. La Medicina ha contribuido no solamente a prolongar la vida humana, sino también a aumentar el periodo de fecundidad del hombre y de la mujer por ese mismo hecho, y a salvar los hijos antes condenados a la mortalidad infantil. Es difícil imaginar que nadie pudiera hoy moralmente aceptar que se regresase deliberadamente a los frenos naturales, si ello fuera posible: que se abandonasen totalmente las medidas de higiene y de Medicina preventiva, que se cerrasen las maternidades y se dejase, como antes, a las familias mismas el cuidado de los partos y los recién nacidos; que se dejase de curar a los ancianos o de atender a los enfermos en cuanto éstos presentasen signos de irreversibilidad

en su tratamiento. Y que se dejase de enviar alimentos y socorros a las víctimas del hambre en Sahel, en Etiopía, en Asia del Sur. Si de una manera artificial se han levantado los llamados frenos naturales, ¿entra en la misma moral crear unos frenos artificiales? ¿O es más lógico esperar que se produzcan unos nuevos frenos naturales en forma de catástrofes? Difícilmente se puede considerar como freno natural la posibilidad de una guerra atómica que devastaría la población de la Tierra y tuviese efectos de retraso en la fecundidad humana. Aunque no sea más que porque al mismo tiempo destruiría gran parte de los recursos naturales.

Moral y crecimiento

La tendencia actual es la de la reducción de natalidad y el retraso de la mortalidad. Mientras este último no solamente está admitido, sino estimulado, aquélla se acepta con ciertas reticencias. Intervienen las morales clásicas. La Iglesia católica, y en general las Iglesias cristianas, no se oponen a la reducción de la natalidad, siempre que ésta provenga de medios que considera naturales: retraso en la edad de matrimoniar, abstinencia permanente o abstinencia periódica. En las sociedades permisivas o tolerantes se trata de disociar la sexualidad de la natalidad, haciendo esto posible por medio de los contraceptivos, que, lentamente y con muchas reservas, se han aceptado; incluso por la legalización de los abortos bajo ciertas condiciones, lo que produce una repulsa mucho mayor, no sólo por parte de las morales tradicionales, sino por razones médicas y éticas. Estas tendencias a la reducción de la natalidad no pasan de simplemente tendencias, sin llegar a la forma de «toma de conciencia» que pretenden los expertos de las Naciones Unidas. Hay países, como Francia, que acaban de legalizar los contraceptivos, y aún de inscribirlos en las listas

de medicamentos gratuitos de los que entrega la seguridad social, mientras al mismo tiempo mantienen leyes de aspecto natalista: exención o reducción de impuestos a familias numerosas, entrega de subsidios y primas a la natalidad y a la nupcialidad, etcétera. Aparte de los puntos de vista religiosos y morales, las sociedades tienen una gran inercia en favor de la natalidad, procedente de la época en que el trabajo y el ejército requerían gran número de hombres. La sustitución de la máquina y del armamento moderno se hace ya patente, pero no ha entrado todavía en las mentalidades. En los países desarrollados, industrializados, la parte de trabajo por mano de obra que no ha podido ser sustituida por la máquina se importa, con una evidente ventaja sobre la natalidad: es otro país el que se ha encargado de pagar los gastos de maternidad, nacimiento, enfermedades infantiles, escolaridad, etcétera, del obrero, y ese mismo otro país será el que después se haga cargo de sus pensiones de retiro, vejez y de los gastos de enfermedad y muerte; es mucho más barato importar un obrero en su buena época productiva y devolverlo después, que sostener un ciudadano para toda la vida, un ciudadano que sólo podrá hacer trabajos ínfimos, devolviendo a la sociedad sólo una pequeña parte de aquello que ésta le ha entregado.

Hay oposiciones mucho más concretas a la disminución de la natalidad. Las críticas que Marx hizo a Malthus siguen siendo empleadas hoy. Marx estimaba que las propuestas de Malthus para resolver el problema que había expuesto suponían una reducción efectiva en las clases proletarias (proletarias: de «prole o descendencia», aquellas cuya única posesión y riqueza son sus hijos), y, por tanto, su debilitamiento. El número mayor de oprimidos debería ser su arma predilecta contra los opresores. El marxismo no ha variado, en general, sus puntos de vista, y, sin duda, será posible oír a los delegados

soviéticos en la Conferencia de Bucarest defender ese punto de vista aplicado especialmente a los países del Tercer Mundo, sobre los que se ha intentado hacer una agresión demográfica, hasta ahora con poco resultado. Esa agresión demográfica se basa en que precisamente en estos países es donde es más importante el movimiento hacia delante de las poblaciones: no sólo por una mayor fecundidad, sino porque en ellos la utilización de la higiene, la Medicina preventiva, la Medicina infantil y la lucha contra las plagas ha sido mucho más espectacular, por el retraso en que se encontraban con respecto a Europa (un ejemplo extremo: en México, en 1938, la mortalidad era del 22,9, y en 1964, solamente del 9,8); el aumento del producto nacional bruto es devorado constantemente por el crecimiento demográfico. Pero se piensa en ellos, y desde la teoría marxista, que es precisamente por el mayor número de habitantes donde pueden encontrar su mayor defensa frente a los países desarrollados. Si actualmente se puede considerar que en los países subdesarrollados viven las dos terceras partes de la población mundial, en los cálculos de población para el año 2000 se estima en las tres cuartas partes.

Un ejemplo de la aplicación práctica de esta teoría es China. Al principio de la instauración del comunismo, se pensó que el problema esencial de la pobreza del país era su superpoblación, y se tomaron medidas restrictivas, principalmente en el sentido de retrasar los matrimonios y reducir la sexualidad: las consignas fueron inmediatamente obedecidas. Pero más tarde, el Presidente Mao pensó que, por el contrario, la fuerza de China y su capacidad de defensa frente a una posible agresión atómica, lo que la hacía considerar la bomba nuclear como un «tigre de papel», era principalmente su número de habitantes: se dio marcha atrás y las consignas fueron de nuevo seguidas. Actualmente, su índice de crecimiento está por encima de la media mundial, que es del 1,8 por

1974: AÑO MUNDIAL DE LA POBLACION

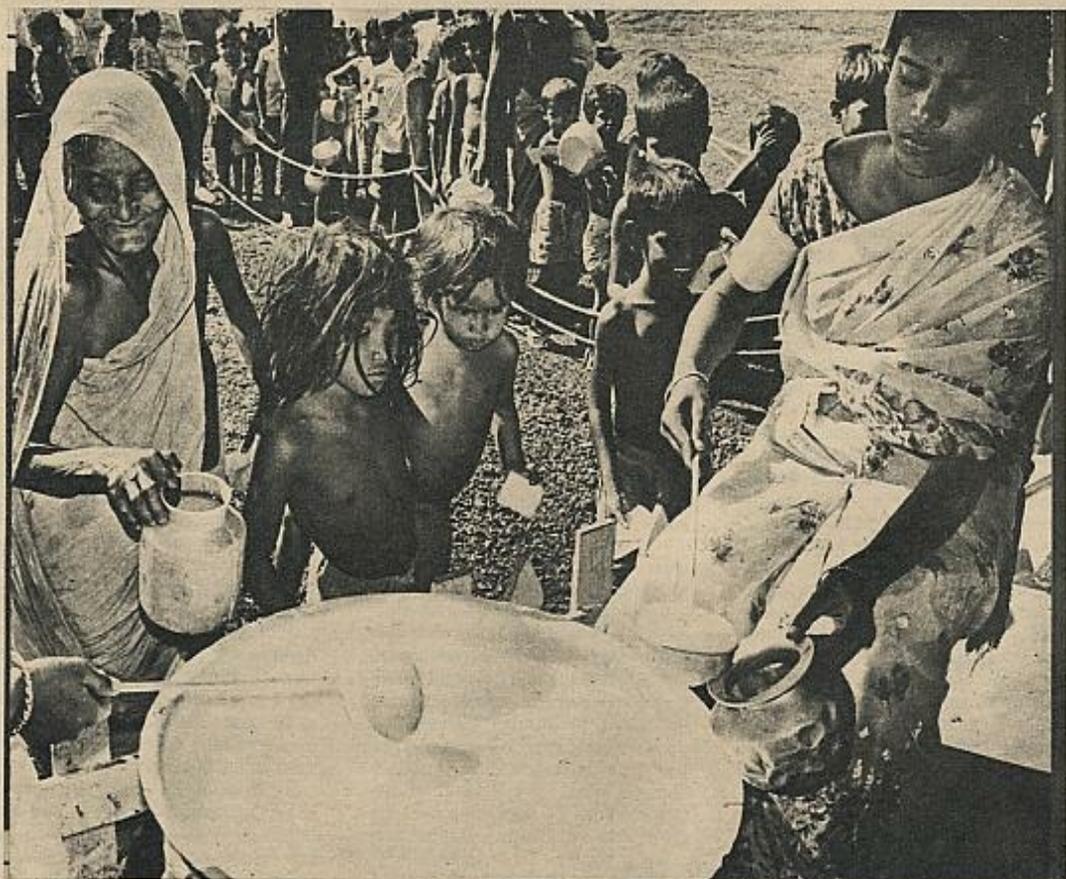
ciento anual: el índice chino es del 2 al 2,5 por 100 (Venezuela, 4; Bélgica, Inglaterra, 0,5).

Los economistas se preocupan especialmente por la calidad predatoria del ser humano, especialmente del desarrollado. Nos estamos comiendo y quemando los recursos naturales, dicen, a una velocidad increíble. Algunos, como René Dumont, mantienen que la producción alimenticia no solamente no crece, sino que disminuye. Hasta 1959 estuvo creciendo; entre 1959 y 1969 se mantuvo estacionaria, y a partir de 1969 tiende a disminuir, y la «revolución verde», por la que se esperaba un crecimiento de la producción agrícola, ha defraudado. En algunas zonas donde se ha conseguido un aumento muy considerable en la producción de trigo ha sido a expensas de los pastos, y, por consiguiente, de la leche y de las leguminosas: se han sacrificado productos de mayor riqueza proteínica por otros de menor riqueza. Cualquier forma de escasez se refleja inmediatamente en toda la producción; la del petróleo, por ejemplo, ha producido la paralización de las motobombas en los arrozales asiáticos: en zonas donde el arroz es un alimento esencial. Los abonados azoados son a base de petróleo, y también los insecticidas. René Dumont cree que 1985 va a ser un año clave para el hambre mundial, y que a partir de ese año, las necesida-

des no cesarán de crecer. El problema se sitúa en dos inercias, que los especialistas consideran con pesimismo: no se pueden vencer a corto plazo, o por lo menos a un plazo útil para la urgencia de los problemas. Una es la inercia demográfica, que sólo podrá dar resultado mediante una campaña de educación y de adopción de ideologías que están muy lejos de ser admitidas por todos; la otra, la de la administración a escala mundial y con carácter igualitario de los recursos del planeta a partir de ideas como ésta: que en los países desarrollados se consuma desde ahora la mitad de carne, con objeto de que el ganado no devore los cereales que necesitan los países pobres. «Si los pobres están amenazados del hambre, es por despilfarro de los ricos». «Si queremos procurar recursos decentes a la población del globo, es preciso que con toda urgencia se detenga en todo el mundo el crecimiento demográfico. Si queremos proteger el medio, hay que frenar al mismo tiempo el consumo de carne, la fabricación de autopistas y de automóviles, la urbanización delirante, la anarquía de las residencias secundarias, la industrialización sin freno, el superconsumo de energía... El césped que bordea la autopista no alimenta a nadie».

La cuestión esencial es que estas advertencias y estas urgencias, no muy distintas de las que viene pre-

dicando el Club de Roma con la idea del «crecimiento cero», son enormemente impopulares en el sector del mundo que sería inmediatamente afectado por ellas, y que ese sector del mundo es precisamente aquel del que proceden las decisiones a escala mundial. No se ha llegado de ninguna manera a un concepto global del mundo, no se han sobrepasado, en el internacionalismo de decisión, los fundamentos típicos del imperio. No parece, por lo tanto, nada claro que tal cúmulo de medidas y de restricciones pueda ser adoptado, y la idea de «toma de conciencia» no se hará solamente declarando este año como el de la Población y en el Congreso de Bucarest, que no hace más que continuar otros celebrados en años anteriores. Algunos temen que la única alternativa, la salida que se ve venir, es una revolución a escala mundial, una revolución del Tercer Mundo, y que esa revolución ha comenzado ya a abrirse paso a partir de las independencias de 1960 —cuyo más reciente eslabón es la de las colonias portuguesas—, y cuyo estadio actual es la de las bombas árabes, los secuestros de aviones y personas, las guerrillas hispanoamericanas, las guerras en Indochina... Y que puede llegar a una anulación total y definitiva de Occidente, como la que tenía prevista el prenazi Oscar Spengler. ■ JUAN ALDEBARAN.



René Dumont cree que 1985 va a ser un año clave para el hambre mundial, y que a partir de esta fecha, las necesidades no dejarán de ir en aumento.

Alianza Universidad HISTORIA

E. H. Carr

Historia de la Rusia Soviética

15. La Revolución Bolchevique (1917-1923), 1
472 págs., 200 ptas.

19. La Revolución Bolchevique (1917-1923), 2
432 págs., 200 ptas.

35. La Revolución Bolchevique (1917-1923), 3
632 págs., 320 ptas.

75. El Interregno (1923-1924)
392 págs., 260 ptas.

22. J. H. Elliott, Roland Mousnier y otros
Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna
236 págs., 140 ptas.

27. Werner Sombart
El burgués
376 págs., 200 ptas.

48. Aleç Növe
Historia económica de la Unión Soviética
432 págs., 240 ptas.

57. Carlo M. Cipolla, J. H. Elliott, Pierre Vilar y otros
La decadencia económica de los imperios
232 págs., 160 ptas.

63. Juan Díaz del Moral
Historia de las agitaciones campesinas andaluzas
518 págs., 280 ptas.

65. Karl Dietrich Bracher
La Dictadura Alemana, 1
392 págs., 260 ptas.

66. Karl Dietrich Bracher
La Dictadura Alemana, 2
336 págs., 240 ptas.

81. Angel Viñas
La Alemania nazi y el 18 de Julio
560 págs., 360 ptas.

87. Anselmo Lorenzo
El proletariado militante
496 págs., 260 ptas.

ALIANZA EDITORIAL